

San José de Costa Rica
15 de Julio de 1923

Año II

Apartado 1066

Número II

Claros de Luna

REVISTA ESPIRITISTA



CONTENIDO

<i>A los que sufren, esperan y aman.....</i>	QUINTIN LOPEZ GOMEZ
<i>Caso de Patología mental</i>	VIANNA DE CARVALHO
<i>Alma ciega.....</i>	RAMIRO AGUILAR
<i>La Cabrera.....</i>	FELIX REMO
<i>De nuestras sesiones.....</i>	INCOGNITO
<i>Paola.....</i>	H. P.
<i>Notas.....</i>	LA REDACCION



EDITORIAL BORRASE HERMANOS

CLAROS DE LUNA

REVISTA MENSUAL

Organo del Centro Espiritista CLAROS DE LUNA

Suscripción Mensual: VEINTICINCO CENTIMOS

SAN JOSE, COSTA RICA — AMERICA CENTRAL

APARTADO DE CORREO No. 1066

El Último Aporte

Retirados los hermanos de la última sesión espírita, el viernes 13 de este mes, conversábamos en mi cuarto de estudio, mi señora, don H. Fernández Güell y yo, cuando entró el medium señor Y. R. secándose las manos en una toalla pues acababa de lavárselas: — “Qué olor más raro, nos dice, siento en la mano derecha y eso que me la vengo de lavar!” — “Déjeme sentirlo”, le digo. Y al cogerle la mano, antes de que la acercara a mi nariz, vimos caer detrás del medium y golpeándole la espalda un paquete hecho con papel rosado de envolver. Lo recojo y reconozco el célebre polvo para curar úlceras que tiene olor penetrante, el que sintió el medium y que tantos males ha sanado.

He de advertir que el medium estaba por delante de nosotros tres y que a su espalda no había puerta o ventana alguna.

—Quién lanzó el paquete, pues?

Nosotros sabemos que es el señor Incógnito para sus pobrecitos enfermos.

RAMIRO AGUILAR V.

Julio 15 de 1923.

AÑO II — APARTADO 1066 — NUM 11

Claros de Luna

REVISTA ESPIRITISTA MENSUAL

Director:
Ramiro Aguilar V.

Administrador:
Francisco Roldán D.

A los que sufren, esperan y aman

En la Salve que al mayor número se nos enseñó de niños, se dice a María, madre de Jesús: "A tí suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas".

Con efecto: un valle de lágrimas es la Tierra para los que deambulan sobre ella sin una fé que les guíe, sin una esperanza que les aliente y sin un amor que les embalse las acideces del vivir.

Y de estos infortunados hay muchos, muchos; más de lo que se cree.

Tendamos la mirada en torno nuestro, y repararemos en el sinnúmero de flácidos del cuerpo y más flácidos del espíritu que arrastran penosamente su existencia, posiblemente por falta de alientos para atentar contra ella. Para ellos, el sol no tiene calor ni luz, los vergeles no dan flores ni frutos, y la vida es de un tono marrón sucio, insoportable y estéril. La amistad, el amor, los lazos inefables de la familia...! Palabras, sólo palabras! Y palabras también, pero palabras engañosas, sarcásticas, eso otro que

se llama política, filosofía, ciencia, arte, religión, patriotismo...

Desdichados seres! Sufren el suplicio de Tántalo por no saber orientar su mano hacia la fuente de agua pura y cristalina que brota a su alcance, y tomar en ella la cantidad necesaria a mitigar su sed, a refrescar sus sienes y a fecundar las arideces de su fantasía. Son los pobres ciegos que no aprecian sino lo largo y empinado de la vida, porque lo ancho y esplendoroso de ella les está vedado en absoluto. Carecen del dón de la compensación; están irremisiblemente condenados al hastío.

La dicha del vivir, no es inalterable felicidad, porque todo lo inalterable lleva en sí el frío de la muerte tras las angustias del hastío; la dicha del vivir es anhelar más, siempre más, a medida que se alcanza y se toma posesión de lo anhelado; es tener fé en algo intangible, que a la par que nos sirva como los ojos en la marcha, para ver en donde posamos el pie, nos coloree el panorama y nos lo haga delicioso; es esperar razonadamente y firmemente, con esa razón que nos da la certeza del logro de lo apetecido y con esa firmeza que no se quebranta con los obstáculos, sino que se sobrepone a ellos y los vence; es amar a los seres y a las cosas no sólo por su valor intrínseco, sino por el extrínseco que nuestra fantasía les adiciona: por aquello que queremos que tengan, porque le hace falta a nuestro bien, y por aquello de que les despojamos, porque fuera causa de nuestro disgusto; es, en una palabra, crear nos el mundo objetivo sobre el arquetipo subjetivo que más nos llene, que mejor y más armónicamente ponga en activo las emotividades de nuestra alma, que mejor y más armónicamente llame a concurso a nuestro cerebro y a nuestro corazón.

Para esta tarea, la Religión es indispensable. Adviértase que hemos dicho la Religión, y no una Religión; porque ésta, cualquiera que ella sea, limitada por el círculo de acero de su dogma, no se remonta serena y magestuosa hasta las fuentes de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza, sino que rastrea y mueve a rastrear entre las miserias y las concupiscencias mundanas.

Hace falta la Religión, hemos dicho, para la tarea del bien vivir; y hace falta, sencillamente, porque sólo ella puede darnos lo que la Ciencia y la Filosofía no tienen.

En todos los asuntos que sometamos a nuestro examen, la Ciencia nos dará la observación y la experimentación que haya hecho sobre ellos, y la Filosofía, la inferencia que esas observación y experimentación le sugieran, despojándola de lo concreto para que, más ingrávida, mejor planee con su forma abstracta en el mundo de la idealidad. Pero, ni la Ciencia puede llegar con su escalpelo a la entraña de las cosas, ni la Filosofía puede darnos con sus inducciones y deducciones sino la observación y la experimentación quintaesenciadas: de manera que todo nuestro saber, derivado de nuestro conocer, se reduce, en último término, a lo que la fantasía edifique sobre la inopia de los sentidos.

Esto es poco para satisfacer nuestros anhelos, y por ello necesitamos creer.

Y lo que creemos no es Ciencia: es Fé; Fé tocada de razonamientos y ligeramente apoyada sobre la experiencia, cuando es grácil y dúctil; Fé pagada de sí misma e inflexible como cantera cuando es ductriz teocrática.

Ya lo hemos dicho: La Ciencia no llega a la entraña de las cosas, y la Conciencia no se confor-

ma con quedarse a la parte de afuera de la cripta en que, con toda solemnidad, oficia el misterio. Quiere asistir al génesis y al apocalípsis de todo; y como para ello no puede contar con los instrumentos observación, experimentación y raciocinio, se apodera de otro que supone superfísico, la intuición, y con él se lanza a las investigaciones metafísicas y teleológicas. Sus postulados son de Fé, de Creencia. "Credo quia absurdum".

Es, pues, la Fé, algo menos y algo más que conocer: algo menos cuando se limita a decir *amén* a cuantas proposiciones se le hacen: algo más, cuando creyendo trascender a la propia razón con ese supuesto instrumento intuitivo, compone, con las quintesencias filosóficas que posee, el Símbolo teológico y teleológico que le llena, y al que, por acción refleja, rinda pleitesía. En este instante es cuando la Fé se convierte en Religión, en pura Religión del Espíritu; porque es, de hecho, cuando une al Yo, con su conciencia particular y sus homogéneas, con la Conciencia Absoluta.

QUINTÍN LÓPEZ GÓMEZ.

(Preliminar de Metafísica Trascendente)



Caso de Patología Mental

Pocas anomalías hay tan dignas de lástima como la ceguera espiritual.

Forma aberrativa de la inteligencia, afecta simultáneamente las demás facultades por contagio y acaba mutilando la función racionadora—vértice culminante de los atributos humanos.

La víctima de esta lesión interior, tatea en el mundo del pensamiento como el ciego de los ojos en el mundo objetivo. Con una diferencia: el último pierde la contemplación de las escenas de la Naturaleza pero gana la de la propia alma en cuyas amplitudes descubre frecuentemente horizontes sin fin en donde resplandece la luz.

Homero y Milton no podían descubrir la pompa de las bellezas exteriores. Recogieron sus visiones en los arcanos de la conciencia y de allí supieron arrancar las notas de dos maravillosas epopeyas que hicieron y harán estremecer de emoción a millares de criaturas.

Si no hubiera sido por ese defecto, talvez hubiera permanecido mudo el rui señor de la inspiración en el cerebro de aquellos cantores geniales. Privados, pues, del contacto directo con las asperezas de la miseria ambiente, doblaron la meditación sobre sí misma, la obligaron a consumirse en las profundidades del piélago del sueño y de allá volvió, como los buzos de Ceilán, con las manos llenas de perlas costosas.

Lo cierto es que los creadores de la Iliada y del Paraíso Perdido, llorando en versos diamantinos, son más imponentes, dentro de la desgracia común, que lord Byron o Espronceda, diseminando lavas de excepticismo para aplacar con esto el tedio de una vida gastada en desordenados placeres.

No sucede así a los alcanzados por la ceguera espiritual.

Se da aquí una inversión de efectos: puede haber plétora de sensaciones externas con una deficiencia perturbadora en la nitidez de las ideas y, sobre todo, en la seguridad de los juicios.

Ante verdades contundentes, cara a cara con los hechos confirmando leyes de clamorosa evidencia, el enfermo resiste, tuerce los argumentos y llega aun a aceptar fácilmente el absurdo que se le figura firme como el bloque de un axioma.

No encara firmemente las demostraciones contrarias a la de su opinión personal. Por más que se intente darle luces sobre cuestiones ajenas al campo de sus conocimientos especiales, refiere todo a conceptos preconcebidos y repele todas las nociones en desarmonía con el sistema que le fué impuesto desde la cuna por la fuerza de la educación.

Es una especie de autómata del pensamiento. Diéronle una dirección invariable: ha de seguirla a despecho de todos los fenómenos progresivos. Le costaría desnudarse de los andrajos de ciertas creencias falsas para vestir un nuevo traje impuesto por los principios de la evolución.

En materia religiosa es siempre esclavo del pasado, invocando a cada momento la fe simple de sus padres, en la cual nació y en la que persistirá hasta el fin de la vida.

(Argumento además genuinamente pueril porque esos mismos padres también aseguraban que la carreta de bueyes era el mejor medio de transporte y la candela de sebo la mejor conquista de la iluminación.)

Largo iríamos si fuese necesario escudriñar minuciosamente la psicología del caso clínico singularísimo y que van despertando estas observaciones. Bástenos, como remate, la fijación de un acto que se repite comunmente en las palestras y hasta en el periodismo rojo al servicio de ciertas causas repudiadas por la mayoría de los hombres sensatos de nuestro tiempo.

Cuando se aprecia, en presencia de un enfermo de este orden, la base científica y moral del Espiritismo, sufre inmediatamente un acceso agudo y grita como para aliviarse: «He allí una doctrina peligrosa!!»

Sería imposible descubrir prueba más acabada de avería en los procesos del raciocinio, cual la proporciona semejante afirmación. Pues una filosofía que propaga la obediencia absoluta a las leyes de Dios; que insiste en el cultivo de todas las virtudes; que enseña el amor entre los seres humanos; la armonía y la paz entre las naciones; que trabaja fervorosamente por los ideales de la fraternidad y de la justicia; que se preocupa por la completa regeneración de la especie humana; que multiplica los esfuerzos para transformar la tierra en cuna de razas felices, esclarecidas y unificadas al influjo del Evangelio puede en algún modo ser considerada como peligrosa?

Qué se dirá entonces de los credos intolerantes, sedientos de dominación política, fomentadores de odios, venganzas y carnicerías, credos por cuya

inspiración fueron sacrificados en las hogueras, en las cárceles, en exilio millones de hermanos nuestros, perseguidos por el crimen de pensar fuera de lo que indican las cartillas dogmáticas?

Qué se dirá?

VIANNA DE CARVALHO

(Traducido de *O Pensamento*)



Alma ciega

Abundan en todas partes infinidad de gentes que, por el simple hecho de haber asistido a una o a varias reuniones espíritas y de aceptar incondicionalmente las bases fundamentales de nuestra Doctrina, creen que han cumplido como buenos y que después de desencarnar no tendrán turbación alguna o que será ésta sumamente corta y nada dolorosa. Y si acaso han hojeado alguna de las obras de nuestros maestros, la seguridad para la consecución inmediata de la Luz, cuando dejen la envoltura corporal, es absoluta.

Deseosos nuestros guías de formar escuela entre nosotros, nos mandaron, desde hace unas cuatro sesiones, a una entidad que és el más vivo ejemplo de lo que puede pasar en los espiritistas teorizan-

tes que se contentan con llenarse la cabeza de ciencia y no permiten que la práctica dé calor y consistencia a sus conocimientos.

Presas de los más espantosos efectos que la ebriedad consuetudinaria puede producir en un sér humano, llegó esta entidad a nuestro templo: voz destemplada, respiración fatigosa, temblor muscular intenso y constante, hipo alcohólico, debilidad en las exposiciones de las ideas

Se echa de ver en él la lucha espantosa de un poderoso ser pensante pletórico de ideas profundas, iniciado en muchos secretos de la ciencia profana y en especial de la espírita en su más abierta expresión, contra las trabas que le impone un periespíritu grosero, impregnado hasta lo inconcebible de todas las emanaciones que puede originar un vicio muy arraigado.

En medio del fango en que su desgracia le ha sumido, tiene esa alma chispazos de caballerosidad, de gentileza y de cortesía que impresionan agradablemente y parecen más valiosos, como se aprecian más bellos los rayos de la luna cuando luchando contra el follaje espeso que aumenta las tinieblas de la noche en que uno desorientado entre la selva camina, viene a alumbrar el paso y a alegrar el ánimo decaído.

«Hasta en el vicio, hasta en los tristes y miserables individuos que forman la canallocracia existen las jerarquías; yo, aunque sea una larva del pantano, siempre me encuentro caballero y sé guardar consideraciones a la dama que me honra permitiéndome que le dirija la palabra», decía en cierta noche en que hablaba con una señora que asistía a la sesión y que para no ofenderla con la fetidez de su aliento de alcohólico, volvía la cabeza

y se cubría la boca, doliéndose a la vez "de tener que privarse de ver el efecto que sus palabras causan en el rostro de una dama culta que escucha una conversación científica».

Experto espiritista teórico, había leído casi todo lo que acerca de nuestra Doctrina se ha publicado y escribió bastantes manuscritos que corren hoy con firmas que no son su nombre porque tuvo la flaqueza de venderlas por cualquier cosa para comprar ajenjo.

"El ajenjo, nos decía, siempre el ajenjo. Estos son los estragos de los llamados intelectuales.—Que no les ocurra a Uds lo mismo.

Yo soy un hombre que conoció la ciencia espírita; y prediqué, escribí y otros se aprovecharon. No importa!

Yo no pensé vivir la vida material sino la moral; y ni eso pude recoger de mis estudios, de mis enseñanzas.

¡Existencia miserable! Por eso no quiero que ocurra a otros como a mí. Dí toda la savia de mi saber de mi moral y nada de eso dejé para mí. Refundí la sabiduría del inmenso Código Divino, pero no tuve el cuidado de ampararme la acción de las leyes, ni librarme de la Sanción Divina, fuí discípulo con pretensiones de maestro.

¡El gran vicio! ¡El vicio inmoral! ¡Vicio miserable! (En este acto sufre la Entidad un ataque de náuseas y se le ofrece ayudarle) La Voluntad de ustedes, continúa, puede ser muy grande pero en mi caso no sirve. Para un ebrio no valen ayudas externas.

En cambio del generoso ofrecimiento de Uds yo no puedo ofrecerles más que ajenjo! ¡Vida mezquina! ¡Vicio maldito!

En mi inconciencia creí que bastaba con la teoría para el espíritu sano. Pero nó!

¡Cuánto me duele el tiempo perdido! ¡Cuánto bien no hubiera podido hacer a los demás y a mismo con mis conocimientos!

Me descuidé, no practiqué lo que enseñaba a otros; fuí un maestro que no supo aprovechar sus propias lec-

ciones; sabía que el espiritista verdadero debe tener calma, mirar todo con tranquilidad para poder obrar mejor. Yo tomé la primera impresión de las cosas, y después, de qué me valió mi conocimiento? Sé que justamente el interés era precaverme de esta vida miserable que ahora llevo; tener precaución de sufrir las pruebas con resignación y paciencia cristianas y hacer como el que pasa por un camino pantanoso, que con toda calma salva un sinnúmero de obstáculos y al final de la jornada se sienta al pie de un árbol, bajo una sombra benéfactora, diciendo: ¡Dios mío, qué satisfacción!

Pero yo, ay de mí, miserable, quise pasar sobre los obstáculos y sin medir mis tuerzas, caí por entero en el fangal; y me hallo enterrado en el lodo, ¡Quién sabe cuántos siglos me faltan de penar!

Ajenjo: tú serás mi peor tormento! ¡A cuántos enriqueces y a mí me has arruinado!

Cuando llegue al final de esta asquerosa jornada; cuando muera ahogado por el ajenjo, lo mismo que ahora hago, la misma náusea que me mata, lo mismo que estoy sufriendo, horriblemente lo sufriré entonces; todo, todo lo seguiré sufriendo cuando desencarne. Duraré al principio tres o cuatro días como atontado. Después querré beber y no me darán. Esto que sufro ahora lo sufriré después por muchos años y de una manera más intensa.

Estudien Uds. mi lección; tienen cerebro y disposiciones. Tal vez nos serviremos mutuamente; tal vez después de muerto, llegue a manifestarme en este centro.

Estudien: toda vida por miserable que sea es un libro. Hagan un estudio de mis palabras, apartando lo bueno de lo malo en ellas.

Ustedes que han tenido la dicha de conocer como son los espíritus después de desencarnados, podrán imaginar se qué terrible será mi expiación después de la muerte. Llevo un infierno dentro de mí y es el saber mis futuras penas!

¡De nada sirve el saber si no hace escuela en la materia... ..!"

RAMIRO AGUILAR V.

(Continuará)

La Cabrera

Cuando los primeros rayos del sol acariciaban las florecillas de los campos al despertarse, se veía todas las mañanas a una muchacha jovencita, de enaguas cortas, de pies desnudos, acompañada de lindas cabras con campanillas gozosas, con su vestido de seda blanca, dirigirse hacia las colinas rocallosas que rodean al pueblo.

Agil como ellas, le encantaba seguirlas en los escarpados que desafiaban los pies humanos. Una vez allá, sin que pudiera uno darse cuenta como había podido llegar, se sentaba sobre una roca, interrogando al horizonte y abismándose en sus meditaciones.

Se la veía pasar pero no se le hablaba. Algunas veces se cambiaron párrafos en voz baja sobre este tema, pero sin que nadie pareciera llevar el menor interés.

A veces, sin embargo, se oían reflexiones como éstas: "es más salvaje que sus bestias"; o "es una perezosa que haría mejor en trabajar que en ir a pasar sus días fantaseando en las rocas".

Se huía de ella porque ella huía de los otros; en la iglesia se colocaba sola en una esquina y nadie venía a arrodillarse a su lado; en los bailes públicos ningún mozo le pedía que bailara con él.

Cuando había regocijos populares, fiestas, ella se alejaba y esto se tomaba por desprecio, por orgullo. Parecía no interesarse por nada de lo que pasaba en el pueblo: no leía, no trabajaba, no conversaba. Se absorbía, no comprendía la vida, no la comprendía porque había sido lanzada en ese medio poco simpático. No se comprendía ni aún a sí misma. Su existencia le parecía un enigma y se preguntaba, viendo la dicha de los otros, de qué alma animal estaban provistos para que con tan triviales vulgaridades pudieran despertar y mantener su

alegría, No amaba más que sus cabras, porque no hablaban y porque perecían huir como ella de la sociedad de los humanos.

Se le habían dado a su nacimiento nombres que ella rechazó y reemplazó por uno escogido por ella misma.

La causa de ello no podría decirla; pero este nombre la perseguía, la encantaba: se había bautizado Hilda y poco a poco este nombre le quedó. Este nombre le parecía familiar y removía vagamente en ella una fantasmagoría de recuerdos que hervían en el fondo de su espíritu y de su corazón, aunque nunca habían ocupado un lugar en la realidad de su vida. El menor incidente parecía despertar en ella un pasado que no estaba más que en el fondo de su imaginación, aunque la perseguía con imágenes de una realidad que le parecía asombrosa. Algunas de estas imágenes despertaban un recuerdo dulce en su corazón y le semejaban una deliciosa sensación etérea.

Por esto buscaba ella la soledad. Las alegrías ruidosas y groseras del pueblo eran como puñetazos dados a su sensibilidad. Su sueño embellecía su vida y el contraste con la vida rústica golpeaba dolorosamente su pobre alma enferma cuando ella caía del sueño a las materialidades de la vida animal que la rodeaba.

Le parecía ver una bella señorita en medio de salones cuajados de flores, resplandecientes con alegres luces, repleto de caballeros que rivalizaban para ofrecerle sus atenciones. Oía sin cesar una música suave y dulces requiebros de amor; nadaba en la seda, en los encajes y la pedrería fina; se veía en una linda villa en medio de un parque oloroso, donde amigos numerosos la adulaban. Los bailes, los espectáculos, los viajes, placeres de todas clases pasaban como un cinematógrafo delante de su vista entristecida, que parecía reconocerlos de lejos... después el sueño se desvanecía en un alejamiento que arrastraba todo el conjunto de estas imágenes.

A veces le parecía oír una voz que pronunciaba su nombre con un acento desesperado... después todo callaba y ella caía en la noche de una visión velada por un terrible misterio y podía entonces permanecer por horas enteras en la somnolencia que experimentaba un espíritu agotado por sus sueños.

Una noche en que ella había permanecido más que de costumbre sobre su roca, le pareció ver destacarse de la sombra naciente alguna cosa vaga, imprecisa, vaporosa, que tomó cierta forma humana coronada por un rostro pálido pero atractivo. Le pareció oír que murmuraba dulcemente: "Hilda, me reconoces?"

Miró ella entonces con sorpresa pero sin responder. Esta vaga aparición la fascinaba. La voz continuó: "Yo soy esa Hilda que fuiste tú en tu vida última y a la cual has arrancado este nombre. Tu sueño no es más que el recuerdo de esa vida. Hilda, sabes tú por qué lloras y sueñas? ¿Sabes tú por qué Dios te ha precipitado en un pueblo insignificante, en medio de seres que no te comprenden y que hieren tu naturaleza sensible; por qué El te persigue y te ha condenado a esta vida de miseria? Es por que tu existencia última fue demasiado fastuosa; por que tú fuistes orgullosa y cruel. Tu belleza, tu rango y los homenajes te cegaron y tú no hiciste más que sembrar dolores al rededor tuyo. Hilda, tú has vuelto a la tierra en un papel modesto donde sangra tu alma, donde lloran tus recuerdos, para aprender a ser humilde y para pagar con tus lágrimas todas las que hiciste derramar. Aprende a llorar como tus víctimas, para que conozcas el precio de esas lágrimas. Hilda, aprende a rogar a Dios, de quien tu orgullo te alejó. Aprende a amar para deshacer la ceguedad de tu corazón. Aprende a resignarte para poder esperar tu perdón. Tu vida presente tiene por fin destruir la pasada. Sufre, llora, humíllate, que todo eso será el pago de tu deuda y podrás, enseguida, continuar tu camino a través de las existencias sin conocer las angustias de los remordimientos; menos vanidosa y menos frívola, con el corazón más tierno, la mano más generosa y el alma más serena..."

Un rayo de la luna que atravesó las nubes vino a echar sobre la visión alada una dulce palidez que la desvaneció poco a poco. Hilda se encontró sola en la noche con sus cabras que se habían acercado como para escuchar las dulces palabras de la blanca aparición. Permaneció un momento abismada en la contemplación de ese pasado fugitivo, detenido un momento en las inquietudes del presente.

Y después, enjugando sus lágrimas furtivas, trató de orar pero su pensamiento andaba errante.

Yo no quiero llevar más, dijo ella, el nombre de esa orgullosa que fui antes; no seré más Hilda, volveré a ser María, como mis padres me llamaban.

Después viendo al rededor de ella sus cabras que parecían compartir con ella su dolor, les habló como si las pobres pudieran comprenderla y obtuvo así un gran pesahogo.

Queridas amiguitas fieles: No os avergonzáis de la que os guía y os guarda. Sois la imagen del candor y no habéis conocido las angustias de una vida tempestuosa. No contéis nada a nadie y vuestra hermana Hilda os quedará muy agradecida y os pagará en cariño.

Después, ella descendió triste y pensativa hacia el pueblo.

Cuando ella se acercaba a él, encontró a Pedro a quien había desdeñado porque era muy humilde. Se paró y le tendió la mano, diciéndole:

—“Pedro, tu eres modesto y sirves a Dios. Amas los desdichados y tu corazón te dicta palabras dulces con las cuales les acaricias en su aflicción y sabes darles con una mano lo que la otra ignora. Enséñame a ser humilde como tú; muéstrame cuáles son las satisfacciones desconocidas que recorre tu silenciosa bondad; enséñame a amar y a perdonar. Quieres tú ser mi hermano, Pedro, porque yo no soy digna de ser tu esposa.

Pedro le tomó dulcemente la mano y le dijo: Hilda...

—No, llámame María, que es mi nombre.

—Pues bien, si tu quieres ser dichosa, María, es necesario que quieras ser la florecilla que se abre en las praderas y no la rosa o la tuberosa que adornan los jardines fastuosos. Es mejor arrodillarse sobre la losa fría que agitarse en danzas locas en medio de las fiestas mundanas. Es mejor dar a los que sufren que a los comerciantes de oropel. Vale más trabajar que soñar. Vente conmigo esta noche a la luz. Vamos, no ha escuchar lo que el sacerdote dice, puesto que es un humano como los demás, sino a oír el órgano con cuyas notas te hablará Dios. Ven, seremos buenos amigos, hasta el día en que Dios decida otra cosa. Llámame cuando caigas en la duda

o te atormente la pena. Yo te mostraré que Dios no quiere nuestra desgracia y que El suaviza nuestras congojas cuando tenemos confianza en El...

El destino de María cambió; aprendió a trabajar; tendió la mano a todos; pidió perdón a los que había despreciado. Su alegría le volvió y sus ensueños dejaron el campo a las canciones, que son las hermanas del trabajo.

—Pedro, dijo ella un día, ¿debo yo confesarme de mi vida pasada?

—No, nuestra vida no pertenece sino a Dios y El te ha juzgado ya puesto que te ha enviado a sufrir la expiación en una nueva vida; pero ya te ha perdonado desde el día en que tú volviste a El.

Dos años después, modesta y recogida en su humildad, había reconquistado el pueblo, la paz del alma y se bendecía la unión de dos corazones que palpitaban al unísono y se cobijaban bajo el amor de Dios.

FELIX REMO

(Traducido de *Lumière et Verité*—Paris.)



De nuestras Sesiones

(Párrafos de Actualidad
dichos por el señor INCÓGNITO)

Bendita la hora de paz y a la vez de tortura, en que me hallo haciendo un gran sacrificio al reducir mis vibraciones para poder manifestarme en este médium, que está saturado del ambiente de la política actual. Soy en este momento como un pie grande dentro de un zapato pequeño.

En esta hora se oyen los vivas de una manifestación política, entusiasmados por algo que es desarmonía y que les envuelve en ansias de fuerza. Nosotros, en cambio, estamos reunidos aquí pidiendo paz! Bendita la hora en que estoy con Uds. para la difusión de la Luz y procurando el bien de los mismos que se agitan en pasiones materiales! Bendita la hora en que, ayudándome con vuestros pensamientos de pureza, puedo soportar esos fluídos malos que me mortifican! Bendito el ramo de flores, que manos delicadas han traído a esta sesión, que purifica el ambiente, como el de la tumba de Iram... Es un símbolo en esta tumba en que nos hallamos... Este templo es una tumba, porque nos hallamos muertos para lo profano... Esa puerta es una lápida que sella esta tumba; por eso necesito el ramo de flores, simbolizando que aquí no entra la desarmonía; que lo mundano debe detenerse en ese umbral. Bendita la hora en que habéis venido sin pasiones porque antes de entrar os habéis despojado de ellas! Aquí vivís para el Bien, que es el fundamento de nuestra Ciencia y de todo lo bueno... Perdonadme, no puedo hablar! Los pensamientos se agolpan como palomas blancas ansiosas de salir a la luz y que se detienen medrosas ante un montón de escumbros que les impiden el paso. Así son mis fluídos. Vienen a acariciaros con sus alas puras pero el médium no está preparado y entónces no salen con la rapidez y dulzura que yo deseo... Permitidme que olvide mis penas y que continúe el cumplimiento de mis deberes...

Paola

Bien presentadita, sencilla, ¡sin grandes pretensiones, ha llegado a nuestras manos la novela espírita "Paola" del señor don Jaime Gálvez quien la dedica cordialmente a nuestro Director don Ramiro Aguilar V.

En ella, con más rapidez y con más concisión de las que nosotros deseábamos, desarrolla un episodio verdadero que hace pocos años se ha verificado y del cual aún viven en Italia algunos de los protagonistas.

Al abrir las primeras páginas hemos sentido otra vez a nuestro oído la voz de Amílcar que gritaba en italiano, al llegar a nuestras sesiones: "*Paola, Paola mía! Mario, dónde está Paola?*"

Le hemos vuelto a ver impaciente, desesperado hacer mil y mil cosas que ponían nerviosos o admirados a todos los presentes; asistimos de nuevo al momento en que recobró la Luz, ayudado grandemente por la buena hermana María Francisca. Sentimos de nuevo sus palabras relatando su expiación y recomendando a todo el mundo que jamás piensen en el suicidio!

Cábele la honra al señor Gálvez de ser el primero que publica una novelita de carácter espírita en Costa Rica y deseamos muy de veras que todos nuestros correligionarios traten de conseguir esa obrita que les hará pasar un buen rato y pensar mucho. Y deseamos, para la futura edición, que la

obrita reciba todo el desarrollo que su asunto y las conversaciones tenidas con el «muerto» lo permiten.

La obrita se puede conseguir en la librería de Tormo o enviando un colón a nuestro bibliotecario, quien por encargo del señor Gálvez puede mandarla por correo.

H. P.

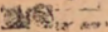


Notas

El sábado 14 de este mes regresó a New York, en donde tiene su importante oficina comercial, nuestro hermano en Ciencia, don Eduardo Bonilla Gutiérrez, quien había venido a Costa Rica a causa de la salud de su señora madre, la cual quiso Dios que esté ya restablecida.

Le deseamos un feliz viaje, que el cielo le conserve sanos a sus padres y que pronto volvamos a verle, pero no acongojado, en nuestras sesiones espíritas.

Contestando a las muchas preguntas e insinuaciones que se nos hacen respecto a cuestiones políticas de actualidad, decimos que nuestro Centro espiritual *no se ocupa, absolutamente, en política*. Más aún: evitamos apreciaciones o comentarios de esa índole para no mortificar a nuestros hermanos que no piensen como nosotros; que para mantener nuestra armonía y la buena marcha del Centro nos está vedado conversar de esos asuntos en el local de nuestro Templo; que las entidades en Luz se abstienen de hablar de esos temas si no es para dolerse del mal ambiente que la política origina por las discusio-

nes no bien llevadas y que distancian hasta los hermanos por los odios que crea; por las malas intenciones que se ponen en juego y por las mentiras que propaga; cosas que llevan la inquietud a los hogares y llenan de responsabilidades serias al espíritu, que le serán cobradas en no lejano porvenir. 

Respecto a ciertos pronósticos dados en otros Centros y cuyo valer nos consultan, decimos que *les creemos obra de entidades en turbación y desde luego de muy escaso mérito para tomarlas en cuenta*



Cristo

Ninguna figura más dulce y sugestiva que la de Cristo, el buen sembrador cuya palabra, la buena simiente, cayendo en el alma de los hombres, germinó en ejemplos, floreció en bendiciones, fructificó en obras de piedad y de ternura.

No lo comprendieron los escribas, lo negaron los fariseos y hoy su nombre sirve de lábaro a la propia hipocresía y a la propia falsedad entronizadas en ricos palacios donde casi siempre la envidia y las malas costumbres dominan con su cortejo de blasfemias y de horrores.

Qué edificante la vida del cariñoso Rabi, toda invertida en la contemplación de la virtud y en la sagrada misión de enseñar a sus semejantes las verdades que hasta entonces desconocían y que sus ojos, oscurecidos por las tinieblas, no querían o no podían ver.

No hay más bella figura en la historia de la humanidad, que la de esa vida luminosa, llena de abnegación, de heroísmo, de dulzura, en la que un gran espíritu de elegido consiguió, trasponiendo siglos de prejuicios y de errores, integrar el mundo en el esplendor magnífico de su incomparable destino.

Meditémosla, pues meditar es el mayor consuelo en favor de los que no existen ya para la materialidad.

Y que la imagen de Jesús, grabada en nuestro corazón, sea para nuestro sufrimiento el confortador estímulo de días menos repletos de amarguras y más trasbordantes de las gracias divinas de la perfección.

FERNANDO COELHO

(De *Luz e Caridade*—Braga.)

**Libros
Espiritistas
Baratos**

CATALOGO DE
MAUCCI

a la orden

Por nuestro medio las obras sa-
len a precio de costo

Escribir al
Bibliotecario del Centro,

ABELARDO AGUILAR A.

SAN JOSE
APARTADO 1066

LA GERMANIA

TIENDA MISCELANEA
Y TALLER MECANICO

— DE —
Ybo Rojas

Se arreglan bicicletas, máquinas
de escribir, armas, cerraduras, etc.

TALLER SITUADO
50 VARAS AL OESTE
DE LA BOTICA
LA DOLOROSA

SAN JOSE

TRAUBE

FABRICA DE CERVEZAS Y REFRESCOS

SAN JOSE, C. R.

APARTADO 795 :: TELEFONO 96

HIGIENE, HONRADEZ
Y CULTURA

son los distintivos de esta
antigua y acreditada casa

VISITENOS

— Y SE —
CONVENCERA

PANADERIA

La Libertad

— DE —
Constantino Navas

100 varas al Sur del Hotel Washington

SAN JOSE

Las personas de gusto
refinado y cuidadosas de
su salud, buscan nuestros
panes, galletas y tosteles.